

Horacio Daniel Bojorge Cervetti, *Tranquera Abierta. Antología poética y prosas*, Buenos Aires, Gladius, 2025, 138 ps.

Seis partes componen esta confortadora obra; aunque en rigor, más que *partes* convendría llamarlas estadios o momentos de una única y sólida contemplación poética. Estaciones –digámoslo así- de un recorrido que permite el descenso y el ascenso del alma por la Belleza, si se nos concede pedirle prestada a Marechal la significativa frase.

¿Y a qué llamaríamos propiamente contemplación poética? Se han intentado decenas de respuestas, y no es el caso repasarlas ahora. Sólo recordaré dos que se aplican cabalmente a este libro. Roque Raúl Aragón nos decía que *la poesía es la adecuación del intelecto a la gracia de la cosa*. La clave de esta definición no está solamente en el parafraseo legítimo de la definición de verdad que trae Santo Tomás en el *De Veritate*, sino en la noción de “gracia”. La gracia es el decoro, más propiamente el *decus* de los antiguos romanos.

Pero mucho más que una cuestión estética es una actitud espiritual y hasta religiosa. Porque quien busca, recibe o tiene el *decus*, apela al señorío sobre la palabra glorificante y laudante. El decoro en su expresión más alta y más honda –en su acepción cristiana- consiste en saber laudar al incommensurable Verbo Divino con el limitado verbo humano.

Y esto es lo que le ocurre maravillosamente al padre Horacio, y lo que suscita en sus lectores. Tan explicitamente su palabra es un jubiloso canto a Dios y a lo que es de Dios, que titula “Alabanzas” a la primera de sus “partes”. “Yo andaba pordiosero en mis caminos/ Tú me entraste en la sala del banquete”(p. 14). “y en nuestra voz tu Verbo se dice y te pronuncia/ y nos pone en la boca la miel de tu alabanza”(p. 21). Vaya el lector al “Himno de Completas”(p. 27), para encontrarse –valga la intencional redundancia- con un encuentro: el del sacerdote que con la plegaria canta y que a la par le canta a la plegaria: “Y le arrulla la mar en el oído/ su lejano final, <Salve Regina>/pautado con recónditas, secretas/gregorianas cadencias que he aprendido/ de esta nocturna paz benedictina”. La versión de *Stabat Mater* es otra prueba del decus cristianamente alcanzado: “Una lágrima tuya fue estrella/ y otra lágrima tuya lucero”(p. 34). Y así podríamos multiplicar las citas. Pero es mejor que el mismo libro nos esté aguardando para hallarlas.

Decíamos arriba que íbamos a rememorar sólo dos definiciones de la contemplación poética. La segunda corresponde al Maritain de sus años buenos. El poeta, decía el malogrado

francés, es el que le pregunta a Dios cuando quiere conocer las respuestas esenciales de las cosas.

Bojorge, por ejemplo, se ha preguntado por sus propios ancestros. Y hay una respuesta en soneto que lo resume todo: “Yo soy palabra suya que ellos vienen/ a decir en secreto en los jardines/ de este prado interior que me han legado”(p.44). Y por su madre, a quien recuerda en el parque montevideano de El Prado, con cadencias que emocionan: “y esta nueva manera de tenerte a mi lado/ que me inicia en un modo de un vivir diferente”. Se pregunta asimismo por la Madre Patria y por su patria oriental tan querida. A la primera la interpela rememorando quién fue: “La Fe que mueve montañas/ensayándose con toros/ para enfrentarse a los moros”. A la segunda le consagra sus mejores bríos: “Hablo en uso legal de aquel derecho/que me da haber nacido en esta tierra/y en mi deber leal al juramento hecho/ de dar mi vida por esta bandera”(p. 131).

Elogiado el fondo o el contenido de esta obra, será justicia echar un párrafo sobre la forma. Precisamente porque estamos hablando de poesía, un género en el que la modernidad ha hecho estragos, amparándose en el llamado verso libre para escribir de cualquier modo, las más audaces ocurrencias. De allí la dura sátira de Castellani cuando prescribía: “es muy difícil ser un poeta moderno; por qué no prueba empezando por ser uno antiguo”. Traducido el sarcasmo, lo que el cura recomendaba era no olvidarse de las normas, las pautas, las reglas, la disciplina, y todo lo concerniente al noble arte de saber versificar.

Bojorge le dedica una composición precisamente al “Arte Poética” –así la llama-, y nos dice: “Mas ¿qué poeta habrá que no lo tema/ apenas se detenga a meditar:/cómo tener el bien decir por lema? ¿Y cómo sin poderse bien callar/ poner en verso tácito el poema/ de todo lo que queda por cantar?”.

Lo cierto es que el arte poética no parece tener secretos para el padre Horacio. Puede escribir con rima asonante o consonante, con versos endecásilabos o alejandrinos, de ocho, de cuatro o de siete sílabas. La métrica se le rinde sin esfuerzo, aunque el experto podría decir que nunca falta un ripio que podría mejorarse. Puede componer estrofas de diversos versos, combinados u homogeneizados; pasar de los himnos a las chamarritas, de las saetas a las milongas, del cante jondo a las coplas de pie quebrado. Hay villancicos primorosos, copleríos con aires gauchos y sonetos en los que se pone a prueba su mayor pericia.

Con el “derecho” que me da reseñar el libro, declaro públicamente que no he podido dejar de releer las composiciones a Pedro, al Greco y a Fray Luis de León. Que me ha dejado perplejo la versión bautizada del “A mi manera” de Sinatra, y que me han llenado de coraje su “No te dejes distraer” y “Medita y canta las coplas”, viviendo a Cristo Rey tras sus repetidas lecturas. Las estrofas a Emaús (p. 105), son para quedarse a vivir en ellas.

¿Hay alguna clave, alguna cifra, algún secreto que pudiera llevarnos al misterio de este don de poetizar que, desde hace ya muchos y largos años, viene regalándonos el autor? Pues si es secreto, misterio o arcano, mejor es no meter la cabeza donde no se la llama a estar.

Pero no parece casual que en la contratapa se estampe un logrado soneto con una tranquera abierta. Tal el título de esta antología. Y que encima de la susodicha tranquera este colocada la cruz en forma de letra TAU; la misma que pidió el Señor que se marcara “en la frente de los que gimen y lloran por las prácticas abominables que se cometene en Jerusalén” (Ezequiel 9, 4-6). En el soneto nos confiesa Bojorge:

*“Cada tarde me encuentra en oración,
rodeado de esta soledad sonora
y por consuelo o por desolación
si ríe el sol o si la lluvia llora,
estoy en Misa, como está el portón
de una tranquera abierta. Y mi alma ora ”.*

Ahora sí todo parece inteligirse. El poeta que ha escrito estos versos –que son versos piadosos, devotos, religiosos, patrios- es por sobre todas las cosas un sacerdote. Y es la Santa Misa la que le da la fuerza para el buen combate, como decía el cura Castañeda. Pero en esa Santa Misa él no está de cualquier modo. Está como alter Christus, por cierto. Pero está también, o por lo mismo, como el portón de una tranquera abierta presidida por una Cruz. Y por esa tranquera abierta entra y sale a sus anchas la poesía, como un viento de campo al que no detienen las breñas.

ANTONIO CAPONNETTO